

**EN EL VIGÉSIMO QUINTO ANIVERSARIO
DEL INSTITUTO DE LETRAS
DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA**

Prof. Ernesto Livacic Gazzano

Auditorium de la Facultad de Letras

10 de octubre de 1996

El tiempo es un **continuum** dinámico, incesante, en el que un siempre mudable presente recoge y reaviva la tradición acumulada en el pasado y la misión de fecundar el futuro. En medio de ese fluir ininterrumpido, establecemos –diría que necesitamos– hitos que, dentro de aquella isocronía, nos permitan abarcar retrospectivamente lo hecho, evaluarlo, celebrarlo, agradecerlo; renovar la fidelidad a lo que debemos ser; visualizar caminos de perfección en el recorrido siguiente. Así, correlativo a lo efímero de cada instante, se alza lo permanente de una identidad que madure en el devenir.

Veinticinco años –un cuarto de siglo– del Instituto de Letras constituye una nueva feliz oportunidad para todo ello.

Permítanme recordar, como se me ha pedido, algunas consideraciones en torno a lo que somos y queremos ser.

Nos sentimos parte integrante, necesaria y esencial de una Universidad. El sentido y el nivel de nuestro quehacer son inseparables de ese marco. Para más, sin que ello involucre integrismo o desfiguración alguna, pertenecemos a una Universidad Católica.

La Universidad es, primeramente, búsqueda de la verdad. Tarea inagotable, con múltiples implicaciones, complejísima. Quizás la más filuda arista de esa complejidad reside en que al proponernos la meta de la verdad pensamos en singular omnia, convergente, integrador, mientras nuestra capacidad nos permite más bien alcanzar apenas verdades parciales, de alcance obviamente insuficiente en la perspectiva de aquel horizonte. La Universidad (uni-versidad) se empeña en la procura de la unidad dentro de la diversidad de campos epistemológicos. Entiende, como lo expresó Andrés Bello al instalar la Universidad de Chile, que “*todas las verdades se tocan*”. Empero,

no es cuestión de acumular disciplinas, o de disolver la especificidad de sus respectivos objetos, sino, más bien, de reconocer, de descubrir, sus puntos de contacto y de darles un sentido como conjunto, contribuyendo a esa totalización desde la propia perspectiva.

La Universidad persigue la captación de la verdad unitiva del mundo, de la vida, y esa verdad unitiva sólo puede visualizarse en función de aquel para quien hay mundo, y vida en él: el hombre, el ser humano, fin de todo lo creado, ente superior a todo lo demás existente: Una Universidad es, necesariamente, un centro de humanismo, un proyecto de lo humano. Todas sus áreas, aun aquellas cuyo compromiso en esta dirección pudiera aparecer más difuminado, están llamadas a contribuir a su diseño y realización. Y, por cierto, esto, de suyo válido siempre, cobra particular fuerza y urgencia ante la amenaza de cruciales signos de deshumanización en determinados momentos de la cultura.

No es fácil rescatar el sentido de lo humano cuando se robustecen las especializaciones limitantes y cuando, por efecto de ellas, se da la paradoja de que sus verdades hagan aparecer como inalcanzable la verdad. Con todo, ninguna Universidad podría renunciar a intentarlo sin abdicar de su propia naturaleza. Menos aun una Universidad Católica, inspirada en una visión trascendente que le sirve de fuerza integradora de la realidad multiforme.

Ella no está exenta de buscar la verdad, ciertamente, pero lleva la ventaja de una radical certeza: la de conocer la fuente de la verdad.

En este contexto, somos privilegiados en comparación con otros sectores de la Universidad, cuyos campos disciplinarios son muy específicos y –a primera vista– apenas tangentes con lo humano, cuanto más con lo humano integral.

Hacer Universidad desde las Letras asoma como más factible que hacerlo desde la incursión en la realidad natural, desde la abstracción matemática o desde la aplicación tecnológica.

El concepto mismo de Letras es menos restricto, más abarcador, algo proteico. No es preciso en la hermosa decimoquinta acepción del Diccionario, cuando las define como “*los diversos ramos del humano saber*”, acaso demasiado ambiciosa y más invasora de lo que queremos, pero tampoco se reduce a las Bellas Artes, Buenas Letras o Literatura, en torno a las cuales lo acota más el registro lexicográfico oficial.

Las identificaciones amplias parecerían favorecer una vocación de universalidad, pero a ésta no se llega desde la vaguedad o desde la imprecisión, sino a través de un aporte propio desde una ubicación singular.

Creo que podemos afirmar que dentro de aquella búsqueda de la verdad que inicialmente enfatizábamos como actividad que imprime

su sello institucional a la Universidad, nuestro lugar nato es auscultar y comunicar la verdad de la palabra.

¡Atrayente y plural camino de búsqueda de la verdad este de la palabra! La palabra ofrece al trabajo académico una gama sin parangones en cuanto a riqueza de posibilidades de incursión. Está la palabra en sí, como realidad y como medio social de comunicación, con sus cautivantes desafíos al espíritu científico; está la palabra en sus logradas y creativas expresiones artísticas, invitación a una exploración de la verdad amalgamada con la belleza; está la palabra en la diversidad de sus manifestaciones a través de comunidades lingüísticas, con su mentalidad y su historia peculiares; está la palabra como correspondencia, como contraste y como versión entre unos y otros de tales sistemas de relación; está la palabra como instrumento de las ciencias, de las técnicas, de la institucionalidad. Si las comparaciones no fuesen un tanto distorsionadoras, podría aseverarse que un Instituto de Letras es, en germen, una convocatoria de universidad.

Su vinculación con lo humano es irrefragable. La palabra es atributo exclusivo de la persona en el ámbito de la creación. Sólo al hombre le ha sido concedido este don. Asumir la palabra como objeto de búsqueda de la verdad, es comprometerse con el sujeto que la cultiva.

Empero, con toda su grandeza capaz de deslumbrantes maravillas, la palabra no es autónoma, no es autosuficiente. Es materia del pensamiento, también distintivo del quehacer humano. Ambos conviven en estrecha simbiosis. No podemos pensar sin la palabra. Ésta no se reduce a un ropaje o a una formalización del pensamiento, sino que le es ingrediente constitutivo e inseparable. Lo hace posible, lo realiza, lo realza. Lo torna atrayente, hermoso, convincente. Sin la palabra, no sólo sería inimaginable la universidad, la búsqueda de la verdad: sería inconcebible la humanidad misma.

Esta realidad conlleva dimensiones trascendentes, de la más profunda eticidad. Según Warren Silver, cuando hablamos estamos agradeciendo a Dios el don de la mente que nos regaló, estamos ensalzando su obra en nosotros, al pensar por la palabra. Por eso, no entendemos la palabra como un mero *flatus vocis*, una mera emisión de voz, sino como un compromiso de verdad y de bien. El rey castellano Alfonso X, que no por arbitrio ha pasado a la historia con el apodo de “el Sabio”, dedicó en sus Siete Partidas un capítulo a la palabra. Concédaseme venia para citarlo en parte:

Según dijeron los sabios, la palabra es cosa que, cuando es dicha verdaderamente, aquel que la dice muestra con ella aquello que quiere decir, e lo que contiene en el corazón... Et por ende todo home... se debe mucho

guardar en su palabra, de manera que sea carada e pensada antes que la diga. Ca, después que sale de la boca, non puede home facer que non sea dicha.

... E si él no fuere home de grand seso por sus palabras, entenderán los homes la mengua que ha de él. Ca bien assí como el cántaro quebrado se conosce por su sueño, otrosí el seso del home es conocido por la palabra.

(Partida II, Título IV, Leyes I y V)

La palabra, trasunto de sabiduría, por su inextricable ligazón con el pensar.

La palabra, pregonera de lo que sinceramente llevamos en el corazón.

La palabra, garantía de la verdad que buscamos y vara para ponderar el grado en que nos acercamos a ella.

La palabra, constructora de puentes de confianza recíproca cuando ha sido reflexionada, madurada y –como consecuencia– bien dicha.

La palabra, transparente de integridad del ser humano, de quien puede predicarse como uno de los mayores reconocimientos y elogios el de ser “hombre de palabra”.

Con ese privilegiado material de la palabra, el Instituto ha trabajado por construir Universidad durante estos 25 años.

Lo ha hecho, sin duda, con variadas modalidades a lo largo de ese lapso, procurando servir mejor sus fines y responder mejor a las cambiantes necesidades de los tiempos, renovándose cuando era menester.

Ha caminado, empero, con un sentido de estabilidad alimentado por la claridad de sus conceptos esenciales, fundantes, e, incluso, por la continuidad de su personal y la prudencia en las sucesiones en su administración, con sólo cuatro Directores en 25 años.

He tenido siempre un espíritu universitario abierto, que, más allá de políticas coyunturales, busca y cultiva la disposición al diálogo, a la comunicación de perspectivas, el avance hacia la universalidad y la humanización, a que lo impulsa su propia naturaleza. No deja de ser significativo que, en estos 25 años, el Instituto haya compartido con otras cuatro unidades académicas –en diferentes momentos de su desarrollo– la pertenencia a una Facultad, y que haya colaborado concretamente, en distintos programas y actividades, con todas las unidades de la Universidad, sin excepción. Más aun: promovió los encuentros entre todas las universidades chilenas con estudios en el campo de las Letras, y –a través de Universidades y Embajadas de otros países– la comunicación y cooperación con naciones y cul-

turas, en términos que llegaron a abarcar, en algún instante, el 50% de la actual población de nuestro planeta.

Ha procurado invariablemente el oportuno y equilibrado esfuerzo por servir todas las funciones universitarias, y por llevarlo a cabo a un nivel de calidad académica.

Se ha esmerado en ser fiel a la inspiración de la Universidad, haciendo de ella no sólo un sustrato nutricional de su desarrollo sino trasuntándolo también explícitamente en claras líneas identificadoras, como la de Literatura y Fe en los planos de la investigación, la docencia y la extensión.

No intento una evaluación, pero no puedo dejar de señalar éstos como algunos índices –podrían considerarse otros– de una labor que cabe estimar satisfactoria por su lealtad a una vocación y a un espíritu.

Creo, a la vez, que el Instituto está consciente de que, mientras reflexionamos en todo esto, ya ha comenzado a fluir su año vigésimosexto, a hacerse acuciantemente presente su futuro.

Y, por eso, renueva hoy su misión de ahondar en la búsqueda de la verdad, de la belleza y del bien por la palabra.

Una palabra que sea sangre del espíritu, como quería Unamuno: sangre que transporte y que comunique vida.

Una palabra que propongamos con madurez, con convicción, con fuerza animadora que sea atractiva.

Una palabra que no distancie, que no separe, que no encierre: que suscite, que provoque, que anime el crecimiento del otro y mío.

Una palabra que se haga fecunda no tanto por su autoridad o por su brillo, cuanto por la respuesta activa que despierte, por el pedestal que ponga a la dialogicidad –esencia de la Universidad–.

Una palabra que contribuya a que la cultura sea no tanto una categoría del saber, sino una categoría del ser, como planteaba Max Scheler.

Una palabra que sea un transparente de la Palabra con mayúscula, del Dios que se encarnó como hombre tomando ese nombre: la Palabra, el Verbo. Esa Palabra, ese Verbo –nos dice el evangelista Juan, patrono de nuestro Instituto– estaba desde el principio, por esa Palabra fue hecho cuanto fue hecho. Dios crea el mundo **diciendo** “*hágase esto, hágase aquello*”. En Él, palabra y vida son inseparables.

Es una misión nobilísima, a la vez que abrumadora, la de estar llamados a proseguir su obra. Nobilísima por su contenido, abrumadora por las humanas limitaciones.

Esa tensión entre la grandeza del oficio y la conciencia de pequeñez del instrumento, se resuelve en la esperanza. La esperanza de que seguirá animándonos quien nos llamó, si ponemos lo mejor de cada uno de nosotros por corresponderle. La esperanza que está exenta de inseguridad, de intranquilidad: por eso es esperanza y no autosatisfacción lograda. Pero ella nos abre y nos despeja la ruta hacia la plenitud que por nosotros mismos no podríamos generar en nosotros ni en otros.

Estoy cierto de que, en esta fecha, el Instituto proclama un testimonio de esperanza, agradecido a quien desde lo Alto lo ha sostenido en este cuarto de siglo, a la vez que humildemente empeñado en seguir poniendo en juego su fuerza y sus limitaciones para tejer el sueño de su mejor contribución a la Universidad, mayor autenticidad con su vocación y más decidido servicio al hombre, en este mañana que ya se hace estímulo hoy.